

Imaginación geográfica y apropiación territorial: exploración, divulgación científica y narración literaria en el siglo XIX

Geographical imagination and territorial appropriation: exploration,
scientific dissemination and literature in the nineteenth century

Liliana López Levi

Universidad Autónoma Metropolitana. Xochimilco
levi_lili@yahoo.com.mx

Resumen

La imaginación geográfica vincula a la mente humana con la superficie terrestre, a través de las formas de concebir y simbolizar al mundo. Son las subjetividades que derivan de pensar y habitar el planeta. Se trata de imaginarios que nos permiten reflexionar sobre las implicaciones de la producción del conocimiento y las formas de representación de la superficie terrestre. Su importancia estriba en que más allá de situarse en el mundo de las ideas, tienen repercusiones sobre el territorio; es decir, que derivan en acciones concretas y en relaciones, entre las que me interesa destacar la apropiación territorial. Hablar de imaginación geográfica nos permite abordar la forma en que la superficie terrestre ha sido explorada, conceptualizada y representada. De ahí que en el presente trabajo se aboca a analizar la imaginación geográfica como instrumento de apropiación simbólica del territorio. En particular, se centra en el caso del pensamiento europeo decimonónico, donde confluyen la exploración, los viajes, la literatura y la divulgación científica. Para ello, me remito a algunos discursos de divulgación científica que se produjeron sobre el planeta y que luego fueron asimilados por el resto del mundo, entre los que destacó las descripciones enciclopédicas de los países y las regiones, como la literatura.

Palabras clave: imaginación geográfica; apropiación territorial; exploración geográfica; divulgación científica; literatura.

Abstract

Geographical imaginations relate human mind with the earth's surface, through the ways of conceiving and symbolizing the world. They are the subjectivities that derive from thinking and inhabiting the planet. These imaginaries allow us to reflect on the implications of the production of knowledge and representation of the earth's surface. Its importance lies in the fact that beyond being set on the mind, ideas have repercussions on the territory. That is, they derive in concrete actions and relationships, among which I am interested in highlighting territorial appropriation. Geographical imaginations allow us to analyze the way in which the earth's surface has been explored, conceptualized and represented. Therefore, in this article I argue that geographical imagination is an instrument of symbolic appropriation of territory. I focus on the case of nineteenth-century European thought, where exploration, travel, literature and scientific dissemination converge. I refer to some discourses on the planet, assimilated by the rest of the world, with an emphasis on encyclopedic descriptions of countries and regions, both as scientific dissemination and literature.

Keywords: geographical imagination; territorial appropriation; geographical exploration; scientific dissemination; literature.

Recepción: 5.9.2018

Aceptación definitiva: 8.10.2018

Introducción

Los humanos nos relacionamos con la superficie terrestre de muchas formas. Nos apropiamos de las regiones, lugares y paisajes por medio de las dinámicas culturales y de poder. A eso le llamamos territorialización. En términos materiales, es un proceso claro si pensamos en cuestiones tales como la propiedad privada, la explotación de los recursos y los procesos de colonización. Sin embargo, la apropiación también puede ser simbólica, involucrar creencias, sentimientos, deseos, valores, formas de conocimiento, incluso por medio de la ficción.

Parto, entonces, del principio que la apropiación territorial es un proceso material y simbólico, ambos intrínsecamente relacionados. El primero a través de la ocupación concreta, la gestión de los lugares o la exclusión de grupos sociales; y el segundo a través de la legitimación, cuestionamiento, asimilación, conocimiento, interpretación o representación de una ocupación de facto, una potencial o una imaginaria.

Ahora bien, desde el campo de estudios de los imaginarios, diversos autores han analizado el vínculo entre el mundo de las ideas y la realidad, mostrando que lo mental tiene repercusiones materiales concretas, naturales y sociales. En este sentido, la conceptualización y representación de la superficie terrestre, también llamada imaginación geográfica, ha sido un instrumento de apropiación, ocupación y legitimación, tanto material como simbólico, del territorio.

La imaginación geográfica se configura desde los valores, las ideas, los lugares y las épocas. En su diversidad conlleva las formas de percibir, concebir y representar al mundo; está en las subjetividades que producen los viajeros, exploradores, colonizadores, estudiosos y lectores con respecto al mundo y a la dimensión espacial de las relaciones socioambientales que ahí se producen. Se trata de imaginarios que nos permiten reflexionar sobre la apropiación de la superficie terrestre, su conocimiento y las formas en que ha sido representada; unos que más allá de concebirse y desarrollarse en el mundo de las ideas, tienen repercusiones sobre el territorio; es decir, que derivan en acciones concretas y en relaciones, que producen realidades.

Hablar de imaginaciones geográficas (Gregory, 1994) nos permite analizar la forma en que la superficie terrestre ha sido explorada, conceptualizada y representada. Si bien se trata de un asunto que atañe a toda la historia de la humanidad, en el siglo XIX, hubo un momento de auge científico, en el cual la relación con la divulgación y la literatura de ficción nos permite analizar las repercusiones en términos de apropiación territorial. Fue entonces que, Humboldt y Darwin tuvieron un papel central en la descripción y representación del mundo desde la ciencia. Sus conocimientos después entraron en los circuitos de la divulgación y de las novelas de aventuras, lo que llevó al resto de la población apropiarse del planeta, sin hacer grandes viajes.

Si recuperamos las ideas de Foucault (2009) en el sentido que el poder es una relación asimétrica, la apropiación territorial no es un proceso exclusivo de quienes detentan el control. En la época, un grupo de anarquistas exiliados, bajo el liderazgo de Elisee Reclus hicieron una

descripción muy vasta de la Tierra, bajo el nombre de *La Nueva Geografía Universal*, convirtiendo a la imaginación geográfica en una forma de resistencia.

Con base en lo anterior, el presente trabajo se aboca a argumentar que la imaginación geográfica es un instrumento de apropiación simbólica del territorio. En particular, se analiza el caso del pensamiento decimonónico, donde confluyen la exploración, los viajes, la literatura y la divulgación científica. Para ello, me remito a algunos discursos que se produjeron sobre el mundo; mismos que se hacen patentes la obra de divulgación científica. Para estudiar el siglo XIX, retomo algunos autores y personajes que han sido emblemáticos de la época, específicamente a Alexander Von Humboldt, Charles Darwin, Elisee Reclus, Jules Verne y Joseph Conrad. Desde el punto de vista teórico, me remito a dos conceptos clave: la territorialidad (Haesbaert, 2011; Ramírez y López Levi, 2015) y las imaginaciones geográficas que, aludiendo a su diversidad, Derek Gregory (1994) nombra en plural. En este punto, yo considero que al referirnos a la imaginación geográfica aludimos a la conceptualización de un fenómeno y al hablar de imaginaciones geográficas nos remitimos a la diversidad de imaginarios que se producen en torno a las características, fenómenos y procesos que ocurren sobre la Tierra.

La territorialidad remite a la vinculación de las personas y los grupos sociales con la superficie terrestre. En principio, implicaba una dependencia vital que permitía la sobrevivencia del *homo sapiens*, como lo sigue siendo para el resto de los animales; es decir, un área de obtención de alimento, de parejas para la reproducción; un espacio de crianza y de refugio. Pero el ser humano es complejo y con el tiempo, la relación con la naturaleza pasó de centrarse en la extracción de recursos para la sobrevivencia, a ser un instrumento de poder, dominio y acumulación capitalista. Durante siglos, las lógicas militar y religiosa predominaron en la expansión territorial de los grupos de poder, a lo ancho y largo del planeta. Sin embargo, en diferentes etapas de la historia, también ha habido otros instrumentos de apropiación del planeta que han sido de suma importancia para la configuración del sistema mundo.

La imaginación geográfica estuvo asociada a los viajes y las expediciones desde los tiempos del oscurantismo medieval europeo y el florecimiento árabe, motivados por el comercio entre las diversas regiones de Asia y Europa. Después, en 1492 la búsqueda de nuevas rutas de comercio marcó un gran parteaguas en la historia del mundo. Lo que los europeos llamaron “descubrimiento de América” fue el resultado de la exploración geográfica, del encuentro y después saqueo de recursos naturales, de la explotación de los pueblos originarios. En fin, de la apropiación de la tierra y de su gente, del dominio y del control. Es una historia donde la exploración estuvo al servicio de la ambición y el despojo; un relato de barbarie acompañado de justificaciones civilizatorias.

Las tierras desconocidas eran “descubiertas”, por decirlo en palabras europeas, por los exploradores. Después, llegaban los topógrafos y los geólogos, que eran la puerta de entrada para los hacendados, mineros y ferrocarrileros. También abrían camino los misioneros y luego

los colonos a tomar posesión de las tierras que les fueron facilitadas por los conquistadores; aventureros y exiliados se asentaban y trabajaban la agricultura, la ganadería y el comercio.

Los conquistadores (marineros, militares y evangelizadores) fueron los primeros narradores de las geografías del Nuevo Mundo, a través de sus crónicas, diarios de viaje y cartas de relación. Ellos también recolectaban muestras de las riquezas que hallaban en tierras americanas para enseñarlas en sus reinos europeos, para dárselas a sus monarcas y recibir sus favores a cambio. La expansión territorial fue una gran oportunidad de enriquecimiento.

Después vino la apropiación simbólica a partir del conocimiento geográfico. De acuerdo con Ortega (2000: 116), los grandes viajes adquirieron un sentido moderno, desde el siglo XVIII, cuando bajo una metodología empírica, se avocaron al acopio y sistematización de información sobre los elementos físicos y sociales de diversos lugares. “Expediciones que tuvieron especial repercusión en el ámbito de la denominada entonces Historia Natural y del conocimiento empírico y representación cartográfica de la superficie terrestre”. En tanto que se incorporaban nuevos territorios al mundo conocido, los resultados contribuían al desarrollo instrumental para elaborar mediciones, que eran nuevas formas de plantear el conocimiento. De acuerdo con Capel y Urteaga (1982: 17), los estudios se realizaron “por medios privados, apoyados por sociedades científicas, mercantiles o misionales, o como tareas gubernamentales destinadas al conocimiento científico del territorio”.

Desde la literatura decimonónica, la imaginación geográfica llegó a la población civil, con la pretensión de educar por medio del entretenimiento. El mundo conocido, los lugares exóticos y lejanos, reales y ficticios, fueron también descritos en las novelas de aventuras; Jules Verne lo hizo en forma destacada. Otro gran narrador fue Joseph Conrad, quien a través de la novela cuestionó la expansión territorial europea.

La imaginación geográfica y la apropiación territorial

En el siglo XIX, la actividad geográfica más reconocida era la recolección y catalogación de información. Las expediciones eran en gran parte financiadas por las sociedades geográficas y de historia natural; movidas por imaginarios vinculados a los valores e intereses imperialistas. Tanto las europeas como las latinoamericanas promovieron ampliamente la recolección de datos de interés mercantil y comercial, la distribución de la producción industrial y la diseminación de la cultura. También impulsaron el estudio de lugares lejanos y la elaboración de descripciones geográficas; el levantamiento, registro y representación cartográfica de información geológica, geomorfológica, hidrológica, climática, de flora, fauna y humana. Así como la recolección de ejemplares, la clasificación, sistematización y representación cartográfica de dicha información, con base en las conceptualizaciones académicas desarrolladas en los países de Europa occidental (Johnston, 1979: 40-43; Zuzman, 2011: 19; Mendoza, 2013: 29).

Hacia finales del siglo XIX existían poco más de un centenar de sociedades geográficas, entre las que destacaban las de París, Berlín, Londres, México, Frankfurt, Brasil, San Petersburgo, Florencia, Madrid y Lisboa. Éstas favorecieron la divulgación del conocimiento científico, a través de publicaciones y de conferencias, en donde los exploradores narraban solemnemente sus aventuras (Mendoza, 2013: 29-30). En particular destacaron la *Royal Geographical Society* de Londres, que existe hasta la fecha, al igual que la *American Geographical Society* de Nueva York, que ha sido ampliamente reconocida por sus exploraciones en el Ártico y por su revista de divulgación *National Geographic*.

Estas agrupaciones científicas tenían también por objetivo la divulgación de los hallazgos, la educación geográfica y la promoción de la disciplina. Entonces, la exploración geográfica se instrumentó desde el ámbito académico. Hacia finales del siglo fueron también grandes impulsoras de la institucionalización de la geografía, la cual se fue estableciendo primero en las universidades europeas y a principios del XX, también Estados Unidos (Johnston, 1997: 40-42). Esa fue una forma importante en que el conocimiento del mundo llegó a la población que no pertenecía a esas misiones y campañas militares, religiosas, comerciales y científicas. La apropiación simbólica del territorio se hace patente en el lema de una revista geográfica, señalado por Capel y Luis Urteaga (1982: 17): “la Tierra pertenecerá a quien la conozca mejor”.

La exploración geográfica del siglo XIX abarcó tanto tierras como mares. La oceanografía nace en este momento y a partir de los grandes viajes organizados a bordo de del *Beagle*, 1831; *Challenger*, 1873, *Gazelle*, 1874 y *Valdivia*, 1898 (Capel y Urteaga.1982: 17).

Los congresos geográficos internacionales de finales del siglo XIX reunían a naturalistas, geólogos, geodestas, etnólogos, viajeros, exploradores, hidrólogos, meteorólogos, botánicos y demás especialistas en los fenómenos físico-ambientales del planeta, con geógrafos interesados en historia, el comercio y la estadística (Ortega, 2000: 139) y que habían obtenido buena parte de su conocimiento a partir de la evidencia empírica recolectada. Las primeras cátedras de geografía en las universidades europeas y estadounidenses las ocuparon personas de formación naturalista. A excepción de Francia, donde la tradición histórica fue predominante (Ortega, 2000:139)

En el siglo XIX la divulgación científica también tomó la vía de la narración literaria, particularmente con las novelas de aventuras. De hecho, el libro de Jules Verne (1974) *Cinco Semanas en Globo* inicia precisamente con una escena de una reunión al interior de la Sociedad Geográfica de Londres y es el punto de partida de una vasta producción literaria identificada como los viajes extraordinarios.

Hacia el interior de Europa, también podemos vincular la imaginación geográfica a otra forma de apropiación territorial, es decir, la configuración del Estado-Nación como organización del sistema mundo. La idea es que el pueblo, el territorio y la soberanía de un gobierno legítimo son los componentes esenciales del sistema político en la modernidad (De la Peña, 1999:

13-27). Se trata de un vínculo jurídico entre habitantes y territorio, el cual según Delaney (2005: 19), es un instrumento de control, que se beneficia de una delimitación simple y clara de las fronteras para otorgar certeza a los diversos actores sociales y, por ende, facilitar la paz, el orden y la seguridad.

Ya desde los siglos XVI y XVII, el poder político estaba vinculado al territorio, pues se consideraba que el Estado era territorial por naturaleza (Agnew y Oslaender, 2010: 196). En este sentido, el conocimiento geográfico era esencial. Como ejemplo, podemos mencionar que una vez integrada España como nación, en 1566, el rey Felipe II ordenó realizar un compendio geográfico, con “todos los lugares, ríos, arroyos y montañas”, mismo que sirvió de modelo para ser replicado en el Nuevo Mundo. Para ello, Juan de Ovando elaboró en 1569 un cuestionario de 37 preguntas, que después fue incrementado a 200 y luego reducido a 135. Como extensión de su territorio peninsular, en las colonias, otro formato de 50 preguntas sirvió de base para la caracterización territorial y la elaboración de las Relaciones Geográficas del siglo XVI (Mendoza, 2013: 26).

Con el surgimiento del Estado moderno en el Siglo XVIII, la legitimidad política, que justificaba el control territorial, se basaba en una supuesta unión regional frente a un enemigo comercial, cultural o militar externo. “En los relatos históricos referentes a la constitución de los Estados europeos, podemos observar con claridad la complejidad de las negociaciones y de los conflictos que tuvieron que ver con la redefinición de la autonomía del poder, de la cultura, de las actividades productivas y de sus límites territoriales” (Da Costa, 1998: 49).

Tanto en Europa, como en América y el resto del mundo, los Estados nacionales, que en un principio podrían considerarse como unidades territoriales administrativas, fueron incorporando elementos naturales y culturales, como atributos que les otorgaban una identidad única.

La legitimidad del Estado moderno se fundamentó de manera importante en la coherencia natural y cultural de las regiones. En el siglo XVIII, dicha configuración territorial permitía establecer su unidad frente a un enemigo comercial, militar o cultural. “En los relatos históricos referentes a la constitución de los Estados europeos, podemos observar con claridad la complejidad de las negociaciones y de los conflictos que tuvieron que ver con la redefinición de la autonomía del poder, de la cultura, de las actividades productivas y de sus límites territoriales” (Da Costa, 1998: 49).

En este sentido, la exploración geográfica facilitaba el conocimiento del territorio y estructuraba los elementos que permitían la configuración de una identidad común, que sirvió de base para vincular a los ciudadanos entre sí y establecer la inclusión y exclusión de individuos con referencia al resto del mundo. En otras palabras, la geografía construyó un sustrato territorial, otorgó referentes geológicos, geomorfológicos, biológicos, climáticos y sociales que permitieron la configuración de la identidad y, por ende, sirvieron para darle sentido y coherencia a la unión un Estado-Nación.

La unión material y simbólica de quienes habitan una región es un instrumento de control. Lo anterior implicaba, no solo el conocimiento de los elementos característicos y de los recursos presentes en los territorios, sino también la necesidad de establecer mecanismos de vinculación entre la población y los gobernantes, así como asegurar que los ciudadanos fueran leales y se identificaran con el Estado y con el grupo gobernante (Da Costa, 1998: 49). La construcción de las naciones “posibles en el terreno emocional y viables en el terreno político” (Anderson, 2007: 83) no era, ni es, solo una cuestión de organización, sino de poder. La inclusión de las mayorías obedecía a una necesidad, a una conveniencia, y no a un principio moral.

El gobierno, a través de las instituciones, tiene como finalidad el de administrar y gestionar un territorio claramente delimitado por fronteras, con base en un conjunto de leyes. La necesidad de que existiese un sentimiento de unidad entre los pobladores de un país se debía a que “el Estado necesitaba su consentimiento práctico o su actividad en otros sentidos, por ejemplo, en calidad de contribuyentes o de reclutas en potencia” (Hosbawm, 2004: 89).

Ahora bien, para construir el sentimiento patriótico, se requerían crear, fomentar y fortalecer los vínculos de unidad entre las comunidades que habitaban el país, para asegurar la sobrevivencia de su estructura política (Hosbawm, 2004: 99). De tal forma que las escuelas, los medios de comunicación, los movimientos artísticos y los intelectuales orgánicos desempeñaron un papel importante como instrumentos para estandarización social, la reproducción de las estructuras y la legitimación del sistema político.

La exploración científica

Los viajes de Charles Darwin y de Alexander Von Humbolt (en el siglo XIX) fueron experiencias fuertemente reconocidas desde la ciencia, vistas como la conquista del mundo desde la inteligencia humana. En estos casos la actividad científica consistió en la recopilación, registro, identificación y clasificación.

Los viajes de Humboldt iniciaron con el siglo XIX y han sido emblemáticos en términos de expediciones geográficas. De su método científico, el explorador decía que era un “empirismo razonado”. Viajó a las Américas entre 1799 y 1804, donde recorrió en continente básicamente a pie, en caballo y canoa, acompañado de dibujantes, grabadores e impresores que hicieron láminas de animales, plantas, códices y cordilleras (Labastida, 2006: 39-41).

Los preparativos del viaje iniciaron en París con la búsqueda y adquisición de instrumentos para la medición y la observación científica. Estos debían tener por cualidad el que garantizaran la precisión y exactitud, por un lado, y por otro, que fueran resistentes a las inclemencias del tiempo. Al final, Humboldt juntó más de 50 instrumentos, muchos de los cuales fueron fabricados específicamente, y otros mandados a traer de otros países europeos. Después fue a Madrid para entrevistarse con el rey Carlos IV. Ahí se relacionó con políticos, hombres del ámbito de la cultura y naturalistas aficionados; fue a visitar jardines botánicos y museos de

historia natural. A mediados de 1799 zarpó y veinte días después desembarcó en las costas de Venezuela (Sánchez, 2006: 15).

Labastida (2006: 39-56) considera que el acto de narrar, de enunciar y de ser el personaje central del relato es algo de suma importancia para la construcción del sujeto científico en Humboldt. De hecho, a su regreso del viaje dedicó treinta años a escribir sus hallazgos en el continente americano.

El viaje de Alejandro de Humboldt en 1803 y 1804 se ha calificado de “segundo descubrimiento de Méjico. No visitó, es verdad, el gran explorador todas las partes ya conocidas de Nueva España. Pero supo coordinar con sagacidad los itinerarios de sus antecesores, comparar los unos con los otros, y sacar de ellos, al menos por lo tocante a la región de la meseta, la verdadera forma del relieve mejicano, (...) estudió los fenómenos físicos, sus erupciones de lavas y sus manantiales, el escalonamiento de sus climas y de su flora, la dirección y la intensidad de los vientos que soplan en esa parte del planeta, la abundancia de las lluvias que riegan y las variaciones de sus corrientes magnéticas; en fin, comparó los recursos mineros, agrícolas e industriales de Méjico con los de las otras comarcas, y fijó, por decirlo así, el valor relativo del país en el conjunto del mundo civilizado tras el largo sueño que el régimen del monopolio absoluto había impuesto a Méjico, la obra de Humboldt fue una especie de revelación: puso de manifiesto lo que podía llegar a ser la colonia española el día de la emancipación ya cercana. (Reclus, 1999: 111)

La exploración geográfica en México fue interrumpida por la guerra de independencia. Sin embargo, al finalizar la lucha armada, los viajeros regresaron a tierras mexicanas a buscar las riquezas. Reclus cuenta del caso de Burkart, un minerólogo que siguió “martillo en mano” los caminos andados por Humboldt, por las regiones mineras y montañosas del país (Reclus, 1999: 111).

En el caso de México, la explotación minera fue una de las principales formas de apropiación territorial que generaba la exploración geográfica. Curiosa coincidencia que exploración y explotación tengan solo una letra diferente. Un ejemplo es la comarca minera del actual estado de Hidalgo, al centro del país. Enciso (2015: 137-139) cuenta que “los españoles centraron su actividad de extracción de diferentes metales preciosos” durante los siglos XVI, XVII y XVIII, después de lo cual, las minas fueron casi abandonadas. La actividad resurgió después de la guerra de independencia pero bajo la gestión y capital de los ingleses. La bonanza minera duró hasta 1940.

En 1833 se fundó la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística con la finalidad de estudiar el territorio. A mediados del siglo XIX, los tiempos políticos eran turbulentos y los conflictos entre liberales y conservadores llevaban a repentinos cambios de timón en la dirección del país. Esta asociación supo adaptarse y sobrellevar dichas circunstancias. A decir de Hugo Pichardo (2009: 15) se adaptó a las diversas situaciones, colaboró con gobiernos de diversas ideologías y logró superar fuertes crisis, como la sucedida cuando Benito Juárez les suspendió actividades en reprimenda por colaborar con los franceses. Según Jaime Labastida (2006: 39) Alexander Von Humboldt y Charles Darwin fueron nombrados miembros de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. En el caso de Humboldt fue el primer científico extranjero en pertenecer a ésta.

Entre los logros de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística está la elaboración de un mapa general del país, más detallado que el de Humboldt y que sirvió de base para los atlas elaborados por García Cubas en 1856. Otros trabajos en este sentido fueron el levantamiento trigonométrico del Valle de México, que hizo Covarrubias; Orozco y Berra y Pimentel se abocaron a la distribución de los indígenas y sus procedencias (Reclus, 1999: 112).

Como naturalista, Humboldt tuvo una gran influencia en Charles Darwin. El año en que murió (1859) fue el mismo que el de la publicación de *El origen de las especies mediante la selección natural, o la preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida*, en donde Darwin se propuso la teoría de la evolución biológica, que tuvo una enorme influencia en el pensamiento científico posterior.

Orzel (2015: 31-32) señala que si bien, no era la primera vez que se planteaban las ideas evolucionistas, la figura de Darwin se volvió icónica, desplazando a otros pensadores evolutivos por dos motivos. El primero fue la claridad de sus explicaciones al establecer el mecanismo de los cambios evolutivos y el segundo fue que la teoría estaba sustentada con evidencia empírica; grandes cantidades de pruebas derivadas de su trabajo de coleccionismo, de la recolección y catalogación de especies animales y vegetales.

Lo anterior lleva a reconocer que, desde perspectivas variadas y diversas, el primer paso de la investigación científica implica la observación de los objetos o fenómenos que interesa entender y explicar. Hay que observar, registrar, hacer levantamientos, recolectar objetos, para después catalogar, encontrar patrones, semejanzas y diferencias, que nos permitan caracterizar y clasificar.

De acuerdo con la narración de Chad Orzel (2015: 29-32), Darwin se embarcó en 1831 a bordo del Beagle en un recorrido por Sudamérica que duró cinco años, rodeando la costa oriental, la Tierra del Fuego y la costa occidental, para finalmente regresar a Inglaterra. Durante ese tiempo el naturalista estudió la geología, plantas, animales y pueblos de la región. Durante el viaje “el joven Darwin adquirió un gran número de especímenes de gran interés para la ciencia, incluidas algunas especies nuevas y ciertos fósiles impresionantes, pero su trabajo, en un principio consistía tan solo en recoger las cosas interesantes que pudiera encontrar durante la expedición, sin ningún otro objetivo teórico ulterior.” La recolección, clasificación y catalogación de especies, que otorgó la base empírica necesaria para la argumentación teórica de Darwin, misma que desde la lógica del positivismo, sirvió como medio para legitimar el trabajo científico.

Los viajeros fueron, durante siglos, quienes recogían evidencias y recolectaban evidencias que fundamentaban en gran medida al conocimiento producido. De ahí el valor de las narraciones de viaje y los dibujos o pinturas asociadas a ello. Si bien, la obra de arte no suele valorarse desde el punto de vista científico, sí se ha reconocido en ella tanto la capacidad de observar objetos, fenómenos y paisajes, como la de representarlos. Las expediciones de los geógrafos y

naturalistas estuvieron acompañadas no solo por cartógrafos, sino también por pintores en el siglo XIX y por fotógrafos y camarógrafos en el XX.

En la construcción de Occidente, sobre todo desde una identidad judeocristiana, Egipto y Medio Oriente fueron dos regiones vinculadas con los orígenes de la civilización, con importantes referencias en relatos literarios. Lo anterior, estableció un marco para los viajeros científicos, que durante los siglos XIX y XX también realizaran expediciones arqueológicas de gran magnitud. Uno de los descubrimientos más famosos de la época fue el que hizo Heinrich Schliemann (2010)¹ de la ciudad de Troya, donde se asienta el famoso relato de Homero, *La Iliada*. En 1868 el responsable de tales hallazgos escribió

Finalmente pude realizar el sueño de mi vida y visitar para mi gusto la escena de aquellos eventos que me interesaron tan intensamente, y el país de los héroes cuyas aventuras me deleitaron y confortaron en la niñez. Empecé, por tanto, el verano pasado y visité una sucesión de lugares que todavía poseen tales memorias vivientes poéticas de la antigüedad. (Schliemann, 2010: 8)

En Egipto, en el siglo XX también florecieron las expediciones arqueológicas, en particular bajo el mando de los ingleses e italianos. Ernesto Schiaparelli, por ejemplo, estuvo al mando de campañas de excavación en Egipto entre 1903 y 1920. Con ello sentó las bases de la colección arqueológica egipcia más grande del mundo, después de la que se encuentra en Egipto mismo, y que es la base del Museo Egipcio de Turín, en Italia (Avataneo, 2017). Después en 1922, el inglés Howard Carter hizo uno de los hallazgos más importantes para los egiptólogos: la tumba del rey Tutankamón.

La exploración geográfica no solo se desarrolló en las tierras ignotas y en regiones lejanas, desde el punto de vista europeo. Muchos autores decimonónicos implicados con la vinculación entre el medio geográfico y las actividades humanas o la historia de los lugares obtenían su información de sus viajes. Itinerarios científicos que llevaron a muchos de ellos por valles, montañas, ríos y otros lugares.

Para las personas que no se alejaban tanto de sus lugares, el excursionismo provocaba imaginarios semejantes. Era una actividad con un cierto paralelismo a la ciencia, que también implicaba la apropiación territorial del paisaje en los alrededores, así como la contemplación, recolección y catalogación de especies locales, que otorgaba a estos aficionados ciertos conocimientos.

Ambas actividades (exploración y excursionismo) tuvieron un papel importante en la configuración de los nacionalismos, ya que la unión territorial muchas veces se justificaba en elementos culturales y del paisaje. Más allá del conocimiento científico se asociaban los valores patrios al territorio, sus paisajes y la belleza de los lugares y a la vinculación emocional entre

¹ En la reedición del libro que hizo Phillip Smith para la Cambridge University Press, se señala que dichos descubrimientos fueron después cuestionados por arqueólogos que trabajaron en la zona en épocas posteriores y llegaron a la conclusión que el sitio encontrado por Schliemann era más antiguo que el descrito en la Troya de Homero.

los habitantes y su región. En ese sentido, las expediciones recreativas fueron importantes, pues pusieron en valor al patrimonio natural y al paisaje que adquiriría nuevas dimensiones en el marco de la expansión capitalista.

El Siglo XIX también fue un tiempo de grandes luchas contra la industrialización y los paradigmas del progreso; se cuestionó el imperialismo, el colonialismo y el capitalismo. Novelistas como Charles Dickens ponían en tela de juicio la barbarie que implicaban la revolución industrial, como modo de producción, y el positivismo, como forma de conocimiento. Desde la economía fue Marx el gran pensador que hizo escuela y cuya influencia ha perdurado hasta el siglo XXI. Desde el pensamiento geográfico, la reflexión vino de un grupo de anarquistas, quienes convirtieron a la imaginación geográfica en una actividad laboral. Desde el exilio y bajo el liderazgo de Elisée Reclus, hicieron una descripción muy vasta del mundo, a la que nombraron *La Nueva Geografía Universal*.

Federico Ferretti (2016) cuenta que Elisee Reclus encontró en su obra *La nueva geografía universal* una forma de emancipación y de sustento económico para sus compañeros exiliados, después de la Comuna de París. Los 19 volúmenes de esta obra enciclopédica fueron editados entre 1876 y 1894. En aquel momento era la obra más importante de geografía y, aunque estaba firmada solo por Reclus, fue elaborada por una red de colaboradores anarquistas entre los que se encontraban Charles Perron, Leo Metchnikoff, Piotr Kropotkin, Elie Reclus y Mikhail Dragomanov.

Eran los tiempos en que la gente se fascinaba con los viajeros y las expediciones geográficas. Una colección como *La nueva geografía universal* mostraba el mundo que miraban los exploradores, sin embargo, no se representaba para dar sustento a la apropiación capitalista de los lugares; sino desde las luchas por la emancipación. Sin embargo, en los contratos con el editor Hachette, estaba bien estipulado que la obra no debía tener contenido político.

Con la experiencia de los anarquistas, el conocimiento geográfico desde estas perspectivas fue más allá del conocimiento de la naturaleza y la técnica para su explotación, del inventario de objetos (personas, animales, plantas, suelo, minerales) que servían para los procesos de transformación y la posterior mercantilización de cualquier insumo de la superficie terrestre. El pensamiento crítico se orientó a pensar en la gente; a conocer y valorar el trabajo y la capacidad organizativa de la clase subalterna; a construir propuestas de utopías socio-territoriales alternativas al capitalismo.

La imaginación geográfica del siglo XIX estuvo esencialmente impregnada por la exploración y los viajes. La literatura producida correspondía a guías de viaje, manuales de geografía, obras enciclopédicas llamadas Geografías Universales y relatos de viaje. Estos últimos más dirigidos al público en general (Sunyer, 1988). Además, el mundo también fue descrito en la literatura de la época, en forma de novelas, como lo hizo Jules Verne en forma destacada y la expansión territorial europea fue cuestionada por autores como Conrad.

Los viajes extraordinarios de Verne

Para la apropiación territorial resulta importante, no solo las acciones de quienes exploraban el planeta y quienes después ocupaban esos lugares, sino la legitimación de estas acciones por parte de la sociedad en general. En este sentido, la literatura fue uno de los instrumentos de la divulgación científica y de la transmisión de ideas y valores más importantes en la segunda mitad del siglo XIX.

Desde la geografía, diversos autores (Sunyer, 1988; Martínez de Pisón, 2014; Mendoza, 2016; Cuevas, 2018) recuperan los viajes extraordinarios de Julio Verne, el autor de aventuras, cuyos recorridos por lugares reales e inventados, despertaron el interés por el planeta, sus mares, ríos, montañas y profundidades.

Si bien, Julio Verne ha sido considerado, por muchos, como precursor de la literatura de ciencia ficción porque relata la utilización de ciertos artefactos y de viajes que se harían en el futuro, en el marco del presente apartado más bien nos interesa porque en sus libros deja huella de la imaginación geográfica decimonónica; de lo que entonces se entendía por ciencia y por el quehacer de los exploradores geográficos.

Su literatura era una combinación entre geografía y aventuras, un vínculo que unía a los exploradores de profesión y a los lectores de novelas. Sus historias tenían un carácter pedagógico, estaban escrita bajo la influencia del positivismo y pretendían formar un espíritu científico entre los jóvenes. En palabras de su editor, Jules Hetzel, citado por Sunyer (1988), los viajes extraordinarios buscaban “resumir todos los conocimientos geográficos, geológicos, físicos y astronómicos amasados por la ciencia moderna, y de rehacer, bajo la forma atrayente y pintoresca que le es propia, la historia del universo”.

Muchos de los personajes descritos por Jules Verne eran hombres sabios.

Lo tienen inscrito en su ser. No descubren apenas nada nuevo sino que van describiendo, explicando a sus compañeros todo el mundo por el que atraviesan. Viven, por otro lado, alejados de este mundo y de su realidad. Están obsesionados por el cálculo, o son simplemente despistados. Viven recluidos en una isla, o se alojan en mitad del desierto. Poseen, además, algún rasgo que denota imperfección. (Sunyer, 1988)

Jules Verne fue un ávido lector de ciencia y que unió en sus relatos al conocimiento y la ficción. Vivió en tiempos donde las expediciones producían abundante información geográfica. Según cuenta (Martínez de Pisón, 2014: 43), el autor dijo en alguna ocasión, “leo de arriba abajo los boletines de las sociedades científicas, particularmente los de la Sociedad Geográfica, porque usted habrá notado que la geografía es a la vez mi pasión y mi objeto de estudio”. De ahí que se le adjetiva como geógrafo y literato.

Entre las obras a las que Verne tenía acceso estaban las de Reclús, a quien cita varias veces; también los textos de Humboldt, boletines de las sociedades geográficas, revistas, libros con descripciones del planeta como *Tableau de la Nature* y colecciones como *Le tour du monde*, *Journal des voyages*, *Revue de deux mondes* y la *Bibliothèque des merveilles*. Además de

“relatos de viajeros, exploradores, con historias, derroteros, guías, planos, tratados” (Martínez de Pisón, 2014: 42-43).

Si bien, asumimos que los viajes de Humboldt y Darwin fueron reales y los de Verne, ficticios, su narración nos muestra los imaginarios de la época respecto a la ciencia, al mundo y la relación entre ambos. La tarea que hacían los naturalistas “reales” era semejante a la que hacían los personajes en los viajes extraordinarios: observar, recolectar, catalogar y clasificar.

Sin embargo, lo anterior implicaba también la intervención. En este sentido, el explorador de la época no cuestionaba su intervención en el objeto/lugar estudiado. Se recogían evidencias y también se impactaba, se transformaba el mundo.

En *Veinte mil leguas de viaje submarino*, el capitán Nemo hace una especie de agricultura en el fondo marino; produce alimentos, interviene en el crecimiento de una gran perla y decide cazar cachalotes para ayudar a las ballenas. Llama la atención, que, a diferencia de los científicos positivistas, desde la intervención de los exploradores no hay pretensiones de neutralidad; porque desde esta perspectiva, el conocimiento implica un proceso de apropiación de la realidad, una territorialización de la superficie terrestre.

Este libro fue publicado en 1969 y 1970, pocos años después del *Origen de las Especies*. Los relatos que hay de ambos libros transmiten la idea que la ciencia es una especie de actividad lúdica y no cómo un trabajo remunerado. Ozrel (2015:31) afirma que “aunque nunca necesitó trabajar; los ratos ociosos de Darwin eran escasos, pues se dedicaba a estudiar un amplio abanico de organismos tan minuciosa y obsesivamente que sus hijos supusieron que todos los padres se pasaban el día mirando por el microscopio” (Ozrel, 2015: 31). Para el caso de Verne, el siguiente párrafo de dicha novela podría ser significativo de lo mencionado.

Déjeme decirle, señor profesor, que no lamentará usted el tiempo que pase aquí a bordo. Va a viajar usted por el país de las maravillas. El asombro y la estupefacción serán su estado de ánimo habitual de aquí en adelante. No se cansará fácilmente del espectáculo incesantemente ofrecido a sus ojos. Voy a volver a ver, en una nueva vuelta al mundo submarino (que, ¿quién sabe?, quizá sea la última), todo lo que he podido estudiar en los fondos marinos tantas veces recorridos, y usted será mi compañero de estudios. A partir de hoy entra usted en un nuevo elemento, verá usted lo que no ha visto aún hombre alguno (pues yo y los míos ya no contamos), y nuestro planeta, gracias a mí, va a entregarle sus últimos secretos.

En esta novela, el submarino es una máquina donde se alberga la ciencia y el relato se plantea en términos científicos. Constantemente se hacen referencias a las coordenadas geográficas, a los nombres de las especies animales y vegetales o a la presencia de ciertos minerales. El discurso, incluso se plantea en términos académicos. Por ejemplo, cuando en la primera página se habla de la búsqueda de evidencia sobre un gran cetáceo (que después sabemos es un submarino), se hace en términos estadísticos: el “promedio de las observaciones efectuadas en diferentes circunstancias -una vez descartadas tanto las tímidas evaluaciones que asignaban a ese objeto una longitud de doscientos pies, como las muy exageradas que le imputaban una anchura de una milla y una longitud de tres...”.

Mucho tiempo después de las aventuras ocurridas en *20 mil leguas de viaje submarino* y con ayuda de la tecnología, el ingeniero Hrvoje Lukatela señaló en 1992 las coordenadas que indican un punto medio del océano, lo más alejado que existe de cualquier continente. A este lugar se le llamó el Punto Nemo y queda a más de 1 600 km de las costas de la Isla Ducie, Mtu Nui, un islote de la Isla de Pascua y la Isla Maher que está en la Antártida (Davies, 2016).

El corazón de las tinieblas de Conrad

Si bien, la exploración geográfica se presentó como un proyecto modernizador, que abonaba al progreso en términos del conocimiento científico, también se reconoció su carácter en términos de la barbarie. Las pretensiones progresistas de la cultura europea vinieron acompañadas del desastre. La incursión en otros territorios (es decir no propios) fue una práctica desarrollada desde la antigüedad, con objetivos comerciales y militares, mismos que no han desaparecido en la actualidad. Para ganar algunos deben perder otros. Esa ha sido la historia de la humanidad. Ya denunciaba Reclus en su tiempo esta dualidad de la ciencia y los intereses ocultos.

Desde la literatura, Joseph Conrad (1998) lo describe en una novela publicada en 1902, *El corazón de las tinieblas*. De acuerdo con Sergio Pitol (1999), en tiempos de Conrad el imperialismo era un término que se usaba para nombrar a la relación entre las grandes potencias y sus colonias, en términos heroicos, sin ningún sentido crítico. Sin embargo, este autor se encontraba entre los primeros con discursos que desenmascaraban la naturaleza bárbara de la civilización y las contradicciones surgidas entre ambos apelativos.

Al igual que con el caso de los libros de Julio Verne, esta novela nos permite adentrarnos a un espacio de confluencia entre la literatura y la geografía, donde se abre a los cuestionamientos sobre la naturaleza humana, la apropiación territorial y la explotación de los recursos naturales. El relato de Conrad navega entre el bien y el mal, lo salvaje y lo civilizado, lo venerado y lo repudiado, entre la verdad y la mentira, entre la moral y el negocio. Es el fin (en el sentido de las motivaciones) del colonialismo imperial, descrito a finales del siglo XX, pero que sigue teniendo eco a principios del siglo XXI.

El corazón de las tinieblas marca el descenso a los infiernos por parte del colonialismo, la expedición que aparentemente va sobre la superficie terrestre, pero que alcanza lo más profundo de los seres humanos para cuestionar sus acciones, la forma en que se relacionan con la superficie terrestre y la manera en que se tratan los unos a los otros.

Si bien, iniciamos este capítulo a bordo de un submarino admirando las maravillas de los océanos y mares, terminamos a bordo de un barco de vapor, navegando por un río, perdidos en las selvas del centro de África, acompañando a los traficantes de marfil. En términos de la historia colonial de occidente, podríamos estar hablando de cualquier río, cualquier negociante sin escrúpulos, cualquier elemento de la naturaleza transformado en mercancía. Sin embargo, la novela se ubica claramente en el Congo Belga. Es decir, en el Congo saqueado por los belgas.

De acuerdo con Pitol (1999), el hecho que Conrad, de origen polaco, no aluda a los ingleses se debe a una cierta lealtad hacia el país que lo acogió y le dio nacionalidad.

Pitol (1999: 295) narra que en 1876 hubo una conferencia Geográfica Africana en Bruselas, donde el rey Leopoldo II de Bélgica afirmó que “llevar la civilización a la única parte del globo adonde aún no ha penetrado, desvanecer las tinieblas que aun envuelven a poblaciones enteras, es, me atrevería a decirlo, una Cruzada digna de esta Era del Progreso”. Tal vez de ahí el nombre de *El corazón de las tinieblas*. Conrad mismo se embarcó en esta cruzada para atestiguar los horrores de las prácticas coloniales y de la mercantilización de los recursos naturales.

En un artículo publicado en la revista *National Geographic*, Joseph Conrad (1924) habla de la naturaleza de la geografía, que como otras ciencias “ha luchado contra una serie de errores que se interponen en el camino a la verdad. Ha sufrido por amor a lo maravilloso, de credulidad; desde suposiciones precipitadas e injustificables y desde el juego de la fantasía desenfrenada.”

En tiempos, donde poco se cuestionaba la llegada de los europeos a América y se nombraba al desastre como descubrimiento. Conrad afirma que “Colón es una figura patética”; que “el descubrimiento de América fue la ocasión para el mayor estallido de crueldad imprudente y avaricia conocida en la historia” y que la historia de los conquistadores muestra que nunca habrá suficiente oro para todos. Conrad considera que aquellos aventureros que buscaban el Dorado, abriéndose paso entre las montañas, bosques y ríos, en realidad no pensaban en la ciencia geográfica, sino que actuaban movidos por la ambición, por el lucro y un espíritu adquisitivo. Lo mismo afirma después sobre las expediciones a las regiones australes, al África y Oceanía (Conrad, 1924).

Conclusiones

Desde el punto de vista cultural, no podemos separar la realidad de la imaginación geográfica ni al mundo material de las subjetividades. La conceptualización de los imaginarios nos permite relacionar lo existente con la experiencia; los procesos y las dinámicas terrestres con las ideas, con los valores, los sentimientos, las acciones sociales y las representaciones. Su importancia estriba en que son mecanismos de producción. Son agencias transformadoras cuya trascendencia va más allá de la percepción social, de la conceptualización mental y de las representaciones concretas.

La exploración geográfica inició con la vida misma, con la búsqueda de espacios para la sobrevivencia, la alimentación, la reproducción y el refugio. Es una actividad tan antigua como las especies. Sin embargo, su racionalización y utilización para la expansión del capitalismo, contribuye al auge del expansionismo de los imperios coloniales. De manera tal que, aunque la exploración geográfica, normalmente remite a la que ocurrió durante la era de los descubrimientos, en los siglos XV y XVI; en los siglos posteriores estos viajes tuvieron por objeto

realizar un arduo y minucioso inventario de la naturaleza que podría ser utilizada, explotada y aprovechada como recurso. Lo anterior se desarrolló ampliamente desde el trabajo en campo de los geógrafos, arqueólogos y naturalistas. Sin embargo, cuando el asunto pasó a manos de divulgadores científicos, también los literatos contribuyeron.

La configuración geopolítica actual deriva de procesos histórico-geográficos, en los cuales los imperios coloniales desempeñaron un papel preponderante. Del dominio europeo hemos heredado más que un sistema económico de dependencias; de su paso por tierras americanas también adquirimos formas de concebir el mundo y de nombrar las cosas. La expansión militar, política y mercantil fue acompañada por la trasmisión de las ideas, valores, conocimientos y emociones.

En el siglo XIX, Europa Occidental se había consolidado como centro productor de conocimiento. Desde ahí, la divulgación de la ciencia alcanzó otras partes del planeta. Desde la geografía fueron importantes los atlas, las descripciones de tierras lejanas y la literatura de aventuras. Desde el llamado viejo continente se concebía el planeta y se daba sentido a los lugares; desde sus valores y su lenguaje se nombraban, representaban e imaginaban las regiones terrestres. En otras palabras, se construían las imaginaciones geográficas, que serían después diseminadas hacia el resto del mundo.

La imaginación geográfica se valió del conocimiento, el asombro y la curiosidad para alcanzar a amplias esferas de la sociedad que no estaban implicadas directamente en las campañas militares, comerciales y religiosas, pero que las legitimaban o las cuestionaban. En el siglo XIX, la configuración del planeta se apoyó fuertemente en los imaginarios producidos desde la ciencia y su divulgación, con los viajes, la literatura y los medios impresos.

En la modernidad, la exploración geográfica fue central para la expansión, tanto de los imperios, como de las naciones y de las empresas. Destacaba la explotación de los recursos naturales y de la población nativa, pero más allá de eso, la imaginación geográfica sirvió como una forma de apropiación territorial, aludiendo al interés generalizado que tenía la población por el conocimiento del planeta. Esto fue fundamental para la asimilación y apropiación simbólica del mundo, tanto para las fuerzas dominantes europeas como para la resistencia.

Si bien Europa ha sido concebida como una entidad regional, desde el punto de vista de los imaginarios no se puede hablar de unidad. La diversidad es la norma y el abanico de ideas ha sido muy amplio. En la conceptualización y descripción del planeta se hizo también presente una visión crítica del mundo. Tal como lo hicieron patentes los anarquistas exiliados, quienes produjeron *La Nueva Geografía Universal*, junto con Reclus, una gran obra que fue el insumo de la imaginación geográfica decimonónica y que fue fuente de consulta para autores que, como Jules Verne, moldearon las ideas que los lectores no especializados tenían sobre el mundo. Otro ejemplo, nos permite cerrar el Siglo XIX, el cuestionamiento de la expansión territorial europea

que hace Joseph Conrad en *El corazón de las tinieblas*, un documento que termina el siglo con una reflexión que servirá de bisagra para entrar en una nueva era.

Bibliografía

- Agnew J. y Oslender, u. (2010). Territorialidades superpuestas, soberanía en disputa: lecciones empíricas desde América Latina. *Tabula Rasa*, (15), 191-213.
- Anderson, B. (2007). *Comunidades Imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Avataneo, A. (2017). *Schiapparelli racconta Missione Egitto 1903-1920*. Torino: Museo Egizio.
- Capel, H. y Urteaga, L. (1982). *Las nuevas geografías*. Barcelona: Salvat.
- Conrad, J. (1924). Geography and Some Explorers. *National Geographic*, marzo.
- Conrad, J. (1998). *El Corazón de las tinieblas*. México: Conaculta.
- Cuevas, L.M. (2018). *El soberbio Orinoco, viajes, ciencia e imaginación geográfica 1799-1951*. [tesis de doctorado]. Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.
- Davies, E. (2016, 26 de octubre). Qué es y dónde queda el Punto Nemo, el 'lugar más inaccesible' de la Tierra". *BBC Mundo*. <http://www.bbc.com/mundo/vert-earth-37629178>
- Da Costa Gomes, P. (1998). El concepto de región y su discusión. En G. Uribe (comp.), *Cuaderno de geografía brasileña* (pp. 47-67). Ciudad de México: Centro de Investigación Científica. "Ing. Jorge L. Tamayo", A.C.
- Delaney, D. (2005). *Territory*. Malden, Oxford, Carlton: Blackwell Publishing.
- De la Peña, G. (1999). Territorio y ciudadanía étnica en la nación globalizada. *Desacatos*, 1(1), 13-27.
- Enciso, J. (2015). Real del Monte, Hidalgo. ¿Una experiencia de éxito?. En L. López Levi Liliana, C. Valverde Valverde y M.E. Figueroa Díaz. *Pueblos Mágicos. Una visión interdisciplinaria, vol. II* (pp.135-158). Ciudad de México: UAM/UNAM.
- Ferretti, F. (2016). Otras cartografías: la colección cartográfica de Elisée Reclus y Charles Perron y una visión no eurocéntrica del mundo. En M. Nieto Olarte y S. Díaz Ángel (eds.), *Dibujar y pintar el mundo: arte, cartografía y política* (pp. 149-154). Bogotá: Universidad de los Andes.
- Foucault, M. (2009). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI editores.
- Haesbaert, R. (2011). *El mito de la desterritorialización. Del fin de los territorios a la multiterritorialidad*. México: Siglo XXI.
- Hosbawm, E. (2004). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Johnston, R.J. (1997). *Geography and Geographers*. Nueva York & Londres: Arnold.
- Labastida, J. (2006). La construcción del modelo y del sujeto científico en Humboldt. En L. de Ita Rubio y G. Sánchez Díaz (coords.), *Humboldt y otros viajeros en América Latina. Instituto de investigaciones históricas* (pp. 39-56). Morelia: Universidad Micoacana de San Nicolás de Hidalgo.

- Martínez de Pisón, E. (2014). *La Tierra de Jules Verne. Geografía y aventura*. Madrid: Fórcola Ediciones.
- Mendoza Vargas, H. (2013). Métodos y técnicas de la geografía humana. E: H. Mendoza Vargas (coord.), *Estudios de la geografía humana en México* (pp. 25-45). Ciudad de México: Instituto de Geografía UNAM.
- Mendoza Vargas, H. (2016). Martínez de Pisón, E. (2014), *La Tierra de Jules Verne. Geografía y aventura*, Fórcola Ediciones, Madrid, 397 p., ISBN 978-84-15174-89-9. *Investigaciones geográficas*, (90), 189-190.
- Ortega Valcárcel, J. (2000). *Los horizontes de la geografía*. Barcelona: Ariel.
- Pichardo, H. (2009). La sociedad mexicana de geografía y Estadística y el territorio mexicano, 1902-1930. En O. Moncada Omar y P. Gómez Rey (eds.), *El quehacer geográfico: instituciones y personajes (1876-1964)* (pp. 15-32). México. Instituto de Geografía.
- Pitol, S. (1999). *Pasión por la trama*. Madrid: Huerga de Fierro editores.
- Ramírez Velázquez, B.R. y López Levi, I. (2015). *Espacio, paisaje, región, territorio y lugar: la diversidad en el pensamiento contemporáneo*. Ciudad de México: UAM/ Instituto de Geografía UNAM.
- Reclus, E. (1999). *La geografía como metáfora de la libertad*. México. Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo A.C., Plaza y Valdes editores.
- Schliemann, H. (2010). *Troy and its remains. A narrative of research and discoveries made on the site of Ilium and the Trojan plain*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sunyer, P. (1988). Literatura y ciencia en el siglo XIX. Los viajes extraordinarios de Jules Verne. *Geocrítica. Cuadernos críticos de geografía humana*, XIII(76), <http://www.ub.edu/geocrit/geo76.htm>.
- Verne, J. (1974). *Cinco semanas en globo*. Barcelona: Editorial Vosgos.
- Zuzman, P. (2011). La tradición del trabajo de campo en Geografía. *Geograficando*, 7(7), 15-32.